

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION

---

# EL LATÍN COMO PUNTO DE PARTIDA

PARA EL ESTUDIO CIENTIFICO DE LAS LENGÜAS ROMANCES



CONFERENCIA

DEL M. I. SEÑOR

D. ANTONIO MARÍA ALCOVER,

Presbítero, Canónigo Magistral de Mallorca

LEÍDA EN LA SESIÓN PÚBLICA DEL 14 DE MAYO DE 1919



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS

Costanilla de San Pedro, núm. 6.

1919















REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION

---

# EL LATÍN COMO PUNTO DE PARTIDA

PARA EL ESTUDIO CIENTÍFICO DE LAS LENGUAS ROMANCES

—  
CONFERENCIA

DEL M. I. SEÑOR

D. ANTONIO MARÍA ALCOVER,

Presbítero, Canónigo Magistral de Mallorca

LEÍDA EN LA SESIÓN PÚBLICA DEL 14 DE MAYO DE 1919



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS

Costanilla de San Pedro, núm. 6.

1919







Vaya por delante mi saludo más respetuoso y cordial a todos los aquí congregados, con cuya presencia y atención tan honrado y favorecido me considero. Imploro y espero de todos indulgencia, que no me habéis de negar, por vuestra magnanimidad y condescendencia y por mi notoria pequeñez e insignificancia.

Al aceptar la invitación a daros esta conferencia, entendí que el tema debía ser lingüístico, por andar yo desde tantos años engolfado en los estudios romanistas para la formación del Diccionario y la Gramática de mi materna lengua catalana. Por esto entre los muchos temas que se me ocurrían, escogí el que consideré de mayor actualidad para todos los amantes de la cultura literaria española, pues por tales os tengo a todos

Nos gloriamos de pertenecer a la raza latina, y hacemos muy bien en gloriarnos de ello; pero se da el caso, harto chocante, de que mientras en todas las naciones que forman la vanguardia de la civilización y del progreso, a saber: Francia, Alemania, Suiza, Italia, Inglaterra, Norteamérica, se pasan en los centros de enseñanza largos años estudiando latín, y se considera por todos el conocimiento profundo de tal idioma como principio, raíz y fuente insustituible de la ilustración y cultura literaria y científica, en España andamos tan re-



zagados, que seguimos considerando el latín como cosa de *curas* y lo más inútil del mundo. Por esto me decido a exponeros la tesis capital de la moderna ciencia del lenguaje, esto es, que el latín constituye el punto de partida para el estudio científico de las lenguas romances, es decir, del castellano, catalán, galaico-portugués, provenzal, francés, sardo, italiano, ladino y rumano, pues todas esas lenguas son pura y exclusivamente una evolución, un desenvolvimiento del latín, y no precisamente del latín clásico, que en las obras de Cicerón, Julio César, Salustio, Tito Livio, Virgilio, Horacio y Ovidio nos hace estremecer de emoción, sino del latín vulgar, que, al sucumbir el clásico con el Imperio, flotó pujante e intrépido sobre las revueltas y cenagosas ondas, salvándose del inmenso naufragio y destrenzándose paulatinamente en la gloriosa y sublime pléyade de las lenguas romances, llamadas a llenar la historia literaria de tantos siglos.

¿Qué es la ciencia sino el conocimiento de las cosas por sus causas? ¿Queréis conocer cualquiera de esas lenguas? Pues las conoceréis conociendo a fondo su causa, su principio, su raíz: el *latín vulgar*.

Hasta las primeras décadas del siglo XIX la Gramática era nada más que un arte, no una ciencia. La revolución que el poeta alemán Federico Schlegel provocó en el estudio de los idiomas en 1808 con su libro *Lengua y sabiduría de los indios*, la consumó otro alemán, Francisco Bopp, en 1833, con su *Gramática comparada del sánscrito, zend, armenio, griego, latín, lituano, gótico y alemán*, haciendo brotar la filología comparada, esto es, la *ciencia del lenguaje*, con la que la Gramática fué elevada a la categoría de ciencia. Rama importan-



tísima de esta ciencia es la *Lingüística romanista*, que creó también un alemán, Federico Diez, Profesor de la Universidad de Bonn, con sus clásicas obras *Grammatik der Romanischen Sprachen* y *Etymologisches Wörterbuch der Romanischen Sprachen* (1836-1854). El *romanismo* es, como sabéis, el estudio científico de todas las lenguas en que se destrenzó el latín allá por los siglos VI y VII.

Diez formó escuela en Alemania desde luego y más tarde en Italia, Francia, Suiza, Bélgica, Portugal, consiguiendo en España discípulos tan eminentes como Milá y Fontanals, Tomás Forteza y Balari y Jovany, acabando por afiliarse a sus banderas casi todos los filólogos romanistas del mundo. Diez y su escuela han probado con obras inmortales que las lenguas romances son nada más que la evolución, el desenvolvimiento del latín vulgar, el latín desarrollándose a través de los siglos. El estudio de esa evolución, desenvolvimiento y desarrollo es lo que constituye la *ciencia romanista*, la *lingüística romance*. El estudio ahincado y profundo de esa evolución, desenvolvimiento y desarrollo, esclarece, explica y pone de manifiesto toda la estructura, íntima trabazón y manera de ser especial y característica del catalán, del castellano, del portugués, del italiano, del francés, derramando raudales de luz meridiana sobre todas las especialidades, particularidades y propiedades de cada una de esas lenguas. Ya se barruntaba a últimos del siglo XV y en los siglos siguientes que esas lenguas salían del latín; pero no se veía claro, ni mucho menos se sabía dar cuenta ni razón de cómo se había podido dar el enorme salto de la lengua de Cicerón y de Virgilio a las lenguas que se hablaban y se hablan en Italia, Francia y la Península ibérica, pues verdadera-



mente entre éstas y aquélla median verdaderos abismos. A inundarlos de luz y esclarecerlos tiende la ciencia romanista; para eso vino ella al mundo, para eso vive, esa es su misión: señalar y poner de manifiesto la íntima trabazón que en el fondo de aquellos abismos une y enlaza esas lenguas a la de aquellos inmortales escritores romanos; hacer ver hasta la última evidencia esa unión, ese enlace, presentando el latín, no por una de sus facetas nada más, siquiera fuese la más brillante y maravillosa, la de los clásicos, sino presentándolo por todos sus lados, de cuerpo entero, integralmente, es decir, según aparece en los monumentos que nos quedan de él, no únicamente los monumentos clásicos, sino todos los demás monumentos de todas las épocas de esa lengua, así de la época preliteraria como de la protoliteraria, así de la *edad de oro y de plata* como de la *de cobre y de hierro*; así de sus más eximios escritores, asombro de la posteridad, como de los más humildes, toscos y desgarrados; pues para conocer a fondo e integralmente una lengua, para patentizar de raíz lo que es ella en su estructura, organismo y carácter íntimo, no basta estudiarla en sus grandes escritores; hay que estudiarla en todos los monumentos de ella, en todas sus fuentes y manifestaciones. Así ha estudiado y sigue estudiando la ciencia romanista el latín, aprovechando todos los estudios, investigaciones y lucubraciones que los beneméritos eruditos de los siglos xv, xvi, xvii, xviii y xix llevaron a cabo acerca del latín, y que los romanistas han acrecentado y dilucidado, analizando profundamente cuantos monumentos latinos han estado a su alcance, así de los clásicos, prosistas y poetas, en los diferentes códices que de ellos nos quedan, como de los demás escritores lati-



nos de todas las épocas de la latinidad, tanto de carácter literario como puramente administrativo y doméstico; las versiones primitivas de la Sagrada Escritura, hechas para que la gente más humilde pudiese comprenderlas; las obras de los primeros escritores cristianos y las de los Santos Padres de Occidente, encaminadas todas a la educación y evangelización de las clases populares; las obras de los antiguos gramáticos latinos, que combatían a sangre y fuego las innovaciones y libertades del lenguaje popular, que consignaban, estigmatizándolas, atestiguando empero su existencia; los manuscritos de todas clases que pudieron salvarse de la voracidad del tiempo; las innumerables inscripciones lapidarias de los monumentos civiles, religiosos y sepulcrales esparcidos por todo el Imperio, y que recogidas cuidadosamente y publicadas en nuestros días por la Academia de Berlín, llenan quince grandes volúmenes, apareciendo en ellas la lengua latina tal como se hablaba y se escribía en todas aquellas regiones, ofreciendo singularidades idiomáticas, discrepantes en las diversas regiones entre sí y con respecto al latín clásico, apareciendo también notables divergencias fonéticas y morfológicas entre las inscripciones de las diferentes épocas. Han venido a engrosar ese cúmulo enorme de monumentos latinos las *Defixionum tabellae*, o sean las tablas de medición de los agrimensores de los últimos tiempos del Imperio, que por casualidad se salvaron, escritas a la buena de Dios, tal como hablaban aquellos modestos funcionarios, y además los *Glosarios* que los gramáticos formaban para conservar la lengua y depurarla de vocablos nuevos que ella acogía. Verrius Flaccus ya compuso uno en tiempo de Tiberio, que se conserva en parte



en los sumarios de Pomponius Festus, del siglo II, y de Paulus Diaconus, del siglo VIII. Se conocen otros: el de Nonius Marcellus, del siglo III; el de Placidus, del siglo V; en el siglo VII se multiplican los *Glosarios* y en el VIII aparece en España el *Liber glossarum*, verdadera enciclopedia, en que se describen no sólo las cosas, sino los vocablos, según dice Meyer Lübke (*Die Lateinische Sprache in den Romanischen Ländern*, apud Gröber *Grundriss*). Del siglo VIII son, poco más o menos, los hallados modernamente en Reichnau y Kassel y publicados con toda escrupulosidad y esmero.

Del estudio comparado y dilucidación ahincada de esa balumba de monumentos latinos de todas las épocas, y de procedencias y caracteres tan diversos y divergentes, aparece en toda su complejidad, extensión y transcendencia la historia, la vida del latín en todos sus aspectos, fases y sectores, no por sólo uno de ellos, el clásico, que se nos había presentado siempre como el *non plus ultra* del latín, pretendiendo que más allá del clásico no había sino degeneración, bazofia, jerga, chapucería, indignas de la menor atención de la gente sabihonda. La ciencia romanista acabó con ese crasísimo error, con ese concepto tan manco, menguado y reñido con la realidad del latín. He aquí cómo la ciencia romanista presenta la historia de esa lengua heroica: brota en las tinieblas de los tiempos prehistóricos y en el centro de Italia, en el reducido distrito ribereño del Tíber, denominado el Lacio, de donde le viene llamarse *latín*, al lado de sus congéneres el *úmbrico*, el *falisco*, el *sabellico*, el *volsco*. Fúndase Roma allí en el siglo VIII antes de Cristo, y toma su poder tal incremento, que empieza por someter a su dominio todas



las demás regiones de Italia, las islas adyacentes, España, el norte de Africa, las Galias, la Retia, Iliria, Dalmacia, Grecia, Egipto, todo el Oriente conocido, Dacia, Escitia, la Germania meridional, las Islas Británicas. A todas esas regiones extiende Roma su sabia administración, sus leyes y también su lengua, si bien ésta sólo se adueña del Occidente, no del Oriente, el cual poseía una lengua y una cultura, la griega, muy superior a la latina; por lo cual el latín sólo pudo triunfar en Occidente, por tratarse de pueblos de civilización inferior a la romana. Sólo son los pueblos inferiores los que abandonan su lengua por la del pueblo superior que los conquista. Esto nos enseña la historia de todos los tiempos, y que no lo echen en saco roto los..... *incalificables* que reniegan por ahí de su lengua por la que el Estado, contra toda razón y derecho, nos impone. Así todo el Occidente acabó por hablar latín, mas no el latín de Cicerón, Tito Livio, Julio César, Ovidio, Horacio, que ni el pueblo de Roma habló nunca, sino sólo la clase alta, la gente ilustrada, no los analfabetos, pues era una manera de lengua artificial, una refinación violenta, un alambicamiento torturador, eso sí, de una suprema elegancia, y esto trajo aparejada una división del latín: *latín sabio*, pulido, refinado, conocido con el nombre de *clásico*, y *latín vulgar*, *sermo plebeius*, la lengua del pueblo, de la clase media, hasta de la clase patricia y de los mismos grandes escritores cuando hablaban familiarmente.

El gran Max Müller (*The Science of Language*, t. I, cap. II) dice expresamente que el latín clásico «era nada más que el dialecto de los patricios, el lenguaje de una clase reducida, de un partido político, de un cenáculo literario», y que, de haber triunfado en Roma los *plebe-*



*yos* en vez de los *patricios*, el latín *oficial* hubiera sido muy diferente del de Cicerón, llegando a decir el gran filólogo inglés que el latín clásico, con su triunfo político sobre el *vulgar*, quedó petrificado, yerto, destituido en absoluto de todo elemento reconstituyente, irremisiblemente destinado a la momificación, a la muerte, diciendo que al latín clásico le acaeció lo que a la superficie de un lago artificial junto a un río, donde en las temperaturas muy bajas se hiela la superficie, y por debajo sigue corriendo el río. La superficie rígida, fría, inmóvil como la muerte: esto fué el latín clásico. En el fondo se mueve y vibra la vida, la energía reconstituyente, la flexibilidad, la progresión, el agua corriente rebosando vitalidad, vivificando cuanto toca; esto fué el *sermo plebeius*, el *latín vulgar*, humilde, obscuro, despreciable a los ojos de los soberbios, sobrados siempre de fatuidad e imbecilidad, pero que llevaba en sí el germen formidablemente fecundo de toda una pléyade de lenguas y literaturas, que poco o nada deben idiomáticamente al cenáculo clásico, al par que se lo deben todo al zafio *latín vulgar*.

Otro profesor romanista, Fritz Stolz de Innsbruch (*Historische Grammatik der Lateinischen Sprache*, Leipzig, 1894, t. I, § 18-38), considera en la historia del latín todas estas fases: *latín prehistórico*, del que no se conserva ningún monumento; *latín preliterario* (pertenecen a él el *carmen saliare*, *carmen arvare*, las *leyes de las doce tablas* y algunas inscripciones); *latín arcaico*, desde 280 años antes de Cristo hasta Cicerón; *latín clásico* o *edad de oro*, desde Cicerón hasta la muerte de Augusto (año 14 de Cristo); *edad de plata*, desde la muerte de Augusto hasta el año 117 de Cristo: *período arcaizan-*



te o de obstinados esfuerzos para restablecer el lenguaje antiguo, desde 117 a 180 de nuestra era; y *período de decadencia* de la lengua literaria, cuya vida acaba con el Imperio, vencida y arrollada por el empuje incontrastable del *latín vulgar*, que queda señor absoluto del campo, destrenzándose prolífico en tantas lenguas como naciones surgieron de la inmensa catástrofe del imperio de Augusto. En la *edad de oro* y en la *de plata* había cambiado tanto el latín desde la época preliteraria, que Polibio consigna que los romanos de su tiempo, aun lo más instruídos, no entendían los antiguos tratados entre Roma y Cartago; Horacio confiesa (Ep. II, 1,86, ap. Max Müller, *ibid.*) que no comprendía los viejos poemas *Saliarios* y Quintiliano indica (I. 6, 40, ap. eund.) que no los entendían tampoco los sacerdotes que los cantaban; y se trataba del latín primitivo. Del *latín arcaico* dice Stolz que no se desarrolló según su propio impulso, sino violentado y torturado bajo la influencia griega; y con numerosas citas de Ennio, Lucilio, Lucrecio, Virgilio y Festo prueba la *artificialidad* de la lengua de esos poetas, que el mismo Cicerón (*De Oratore*, 49, 164) reconoce, los cuales, constreñidos por las exigencias inexorables de la métrica, adoptaron gran muchedumbre de formas populares, que los prosistas contemporáneos de Cicerón siempre habían despiadadamente rechazado, penetrando ellas por la puerta de la poesía en la lengua literaria durante la *edad de plata*, constituyendo una verdadera irrupción de la lengua popular en la de los clásicos y la causa principal de la decadencia y cataclismo de la misma. Hace notar igualmente Stolz que los clásicos, respecto a vocabulario, se alejan mucho del *latín arcaico* dejando de usar considerable número de



voces que mantuvo tenazmente el *latín vulgar*, transmi-  
tiéndolas a las lenguas romances. Otra prueba de la *ar-*  
*tificialidad* del latín de los poetas clásicos da Stolz al  
probar que Ennio fijó con otros la *cuantidad* de las vo-  
cales, que andaba hartas veces vacilante; y otro alemán,  
el profesor Skutsch (*Jahresbericht* de Vollmöller, I, 37) y  
*Anzeiger für indogermanische Sprach- und Alterthums-*  
*Kunde*, III, 11 y sigs.), y el filólogo inglés Lindsay (*Ame-*  
*rican Journal of Philology*, XIV, 139, 55.) han demostra-  
do que el antiguo poema indígena saturnal no se medía  
según la *cuantidad*, como los poemas clásicos, sino según  
el *acento*, ni más ni menos como los versos modernos.  
Por lo mismo, abandonando el *latín vulgar* la *cuantidad*  
de los clásicos, no se salió de la genuina latinidad, sino  
que volvió a lo primitivo, de que se habían apartado  
los poetas clásicos. Tan considerables y tan hondas son  
las diferencias de lengua que aparecen en los monumen-  
tos latinos, que romanistas tan ilustres como Seelman y  
Stittl (apud Stolz), apoyándose en muy sólidas pruebas,  
distingue el primero dos clases de *latín vulgar*: el de la  
clase media y el del populacho; y el segundo distingue  
tres, a saber: *sermo quotidianus* (lenguaje usual de la  
gente instruída), *oppidanum genus dicendi* (lenguaje de  
las pequeñas poblaciones) y *rusticitas* (lenguaje de los  
campesinos), y hace ver cómo en la famosa *Scena Tri-*  
*malchionis* de Petronio aparecen harto vivaces esas tres  
maneras de lengua latina. Y no vayáis a creer que esa  
clasificación del latín hablado sea alguna invención de  
los romanistas, pues la consignan hartas veces los mis-  
mos escritores latinos de aquellos tiempos, sacando a  
colación el *sermo urbanus* y el *sermo plebeius* y *lingua*  
*rustica*, *proletarius sermo*, llegando Quintiliano (XII,



50, 40) a decir del *quotidianus sermo*, que es «la lengua que se habla con los amigos, esposas, hijos y siervos» (quo cum amicis, conjugibus, liberis, servis loquimur), diferente de la que se escribía. «Del latín arcaico — dice Stolz — proceden a la par el latín del pueblo y el latín escrito, entrambos igualmente genuinos y legítimos».

Al conquistar los romanos Cerdeña, España, Iliria, el norte de Africa y las Galias, extendieron por esas regiones el latín popular, que se aclimató rápidamente en ellas, formándose así el latín *provincial*, particularmente, como era naturalísimo, en las colonias romanas y en las *ciudades militares*, que buscaban el arrimo de los campamentos fortificados, de tal manera, que la soldadesca romana juega un papel nada despreciable en la expansión de la lengua latina en los primeros núcleos de vida y cultura romanas. El latín se propagó primeramente a Cerdeña, después a España, más tarde al Africa y a las Galias, hecho histórico que se comprueba por la estructura de los dialectos sardos, españoles y franceses, es decir, las lenguas que ahí se hablan, que revelan un fondo de latín vulgar más antiguo en España que en Francia y más antiguo en Cerdeña que en España.

Y acaba Stolz sentando esta conclusión, tan profunda como luminosa: «Si ante todo hay que admitir que la lengua latina en boca de los pueblos bárbaros experimentó varias alteraciones en punto a sonidos, formas, vocabulario y sintaxis, es sentir unánime de los romanistas que la influencia de los idiomas prerromanos sobre el latín, en ninguno de esos conceptos fué mayor que la de los bárbaros. Así es que el sistema morfológico (declinación y flexión) del latín vulgar en todos los



territorios romanizados se mantuvo íntegro, uno y armónico, y así pasó a las lenguas romances, que todavía lo conservan. Casi lo mismo cabe decir del vocabulario del latín vulgar: se resabió algo de los idiomas prerromanos, tomando de ellos un contingente relativamente exiguo de vocablos, resultando igualmente insignificante la influencia de aquellos idiomas en el sistema fonético de las lenguas neolatinas, como constata Meyer Lübke en su *Grammatik der romanischen Sprachen* (t. I, 540.) Y ahora oíd a otro romanista insigne, el norteamericano C. H. Grandgent, profesor de Harvard University, en su notable estudio *An Introduction to vulgar latin* (Boston, V. S. A., 1908), § 2 y sigs. «La lengua latina—dice—, como toda lengua viva, estuvo siempre en situación inestable. Como lo indican las inscripciones y los gramáticos, desde los comienzos hasta el fin de la historia romana, el habla anduvo constantemente alterándose, siendo las alteraciones más rápidas en los comienzos y en las postrimerías. Los pueblos que hablaban latín no eran homogéneos, revelando su habla su diversa prosapia.» «El idioma común durante la República y el Imperio fué desenvolviéndose constantemente y alejándose del modelo arcaico del habla elegante. Lo que decimos latín vulgar era la lengua de la clase media, desarrollándose fuera del latín clásico: no es un vástago independiente del viejo latín; continúa el sistema vocal clásico, no el del latín preliterario. No es el dialecto de las encrucijadas ni de los campos, pues los gramáticos de aquel tiempo truenan contra vulgarismos urbanos y campestres, de que no hay rastro en las lenguas romances. El latín vulgar es desde luego distinto de la expresión conscientemente pulida y aliñada de la sociedad



culta, pero también distinto del habla tosca del campesino y de la jerga de los barrios bajos: mas tiene algo de todo eso. El latín vulgar, como no podía menos de suceder, se desarrollaba variadamente en las diferentes localidades hasta donde se lo permitía la niveladora influencia de la escuela y del ejército. La universal tendencia del lenguaje a fraccionarse y destrenzarse en otros nuevos era poderosamente favorecida y fomentada por los hábitos idiomáticos de la abigarrada muchedumbre parlante y por las más diversas peculiaridades de acento nativo de los idiomas indígenas. Entonces se puede decir que acabó la fase del latín vulgar y comenzaron propiamente las lenguas romances. Aunque toda fecha precisa tiene que ser forzosamente arbitraria, hablando así a bulto podemos fijar en el siglo VI o VII la desaparición del latín hablado y la aparición de las lenguas neolatinas, como lenguas propiamente autónomas. De modo que el período del latín vulgar de que venimos hablando se extiende desde unos doscientos años antes de Cristo hasta el siglo VII de nuestra era, poco mas ó menos.» «Comparando el latín clásico con el latín vulgar, echamos de ver que el vulgar se va haciendo cada vez más flexible y más explícito, notándose en él gran desenvolvimiento de voces modificantes y determinantes, como los *artículos*, las *preposiciones*, la profusión de *prefijos* y *sufijos*, la tremenda simplificación de *declinaciones* e *inflexiones*, debida en parte a razones fonéticas y más aún a motivos sintácticos.» Gracias al estudio obstinadamente profundo que los romanistas han hecho de casi todos los monumentos que nos quedan de todas las épocas del latín, se ha comprobado que todas las divergencias substanciales y de alguna importancia que



las lenguas romances ofrecen respecto del latín clásico, no se deben al desarrollo posterior al latín, ni a la influencia de otras lenguas, como el griego, el hebreo, el árabe, con todo el escuadrón de las prerromanas y de las bárbaras del norte, sino que proceden tales divergencias casi exclusivamente del latín vulgar, hasta el extremo de que los romanistas, siempre que se hallan con una forma de las lenguas romances que disienta del latín clásico, deducen que procede del latín vulgar. Precisamente por esto afirmo y sostengo el tema de esta conferencia: *el latín vulgar punto de partida para el estudio científico de las lenguas romances*. No, no se puede dar un paso a derechas en el estudio de ninguna de estas lenguas, si no se ha estudiado el latín vulgar, si no se posee el conocimiento científico del latín vulgar. Digo, pues, que todo el sistema fonético, morfológico y sintáctico de las lenguas romances, no es más que el sistema fonético, morfológico y sintáctico del latín vulgar, desarrollado y desenvuelto.

Esto demostraron hasta la última evidencia los grandes profesores Diez con su *Grammatik der Romanischen Sprachen y Etymologisches Wörterbuch*; Cooper con su *Word Formation in the Roman sermo Plebeius*, 1895; Corssen con su *Über Aussprache, Vocalismus und Betonung der lateinischen Sprache*, segunda edición, 1868-70; Dräger con su *Historische Syntax der lateinischen Sprache*, segunda edición, 1878; Mohl con su *Introduction à la Chronologie du latin vulgaire*, 1899; Meyer Lübke con su *Grammatik der romanischen Sprachen, y Die lateinische Sprache in den romanischen Ländern* apud Gröber *Grundriss*; Körting con su *Lateinisch-Romanisches Wörterbuch*, tercera edición, 1911; Olcott con su *Studies*



*in the Word Formation of the Latin Inscriptions; substantives and adjectives, with special reference to the Latin sermo vulgaris*, 1888; Stolz con su *Historische Grammatik der Lateinischen Sprache*, 1894; Schuchardt con su *Der Vokalismus des Vulgärlateins*, 1666-68. Han resumido la doctrina de todos ellos, Zauner en su maravilloso compendio *Romanische Sprachwissenschaft* y Grandgent en su no menos notable *Introduction to Vulgar Latin*, 1908.

Qué placer sería para mí poder ofreceros un resumen de la demostración que de esa tesis dan los tales romanistas! Aun a trueque de molestaros algo voy a haceros nada más que brevísimas indicaciones. Los vocablos y frases del latín vulgar que aduciré, están tomados de las obras de Zauner y Grandgent, que citan las fuentes, y a ellos me remito para aligeraros la carga y ganar tiempo.

Para proceder con orden daremos primero una rápida ojeada a la fonética del latín vulgar y después a su morfología y sintaxis.

**Vocalismo o sistema de las vocales latinas.** En el latín primitivo el acento caía siempre sobre la primera sílaba del vocablo; poco antes del período clásico sufrió la prosodia latina un cambio radical, pasando el acento a la *penúltima* sílaba, si ésta era *larga*, y a la *antepenúltima* si la *penúltima* era *breve*. El latín vulgar mantuvo este estado de cosas, introduciendo empero enormes modificaciones en la *cantidad* de las sílabas, haciendo correr el acento en los vocablos, tanto hacia adelante como hacia atrás, especialmente en las formas verbales. Así, por ejemplo, la vocal ante consonante muda + líquida en latín clásico era breve, y, por lo mismo, el acento recaía



en la antepenúltima (*intĕgra, cólŭbra, tĕnĕbras*); pues en latín vulgar el acento caía en la *penúltima*, y, por tanto, pronunciábase: *intĕgra, colúbra, tenébras*, y de estas formas sacaron las lenguas romances sus voces; v. gr.: el cast. *entera, culebra, tinieblas*. El latín vulgar hizo retroceder el acento de las terceras personas plurales de los perfectos *fuertes* a la primera sílaba, y así pronunciábase: *fĕcerunt* en vez del clásico *fecĕrunt, fúerunt* en vez de *fuĕrunt, míserunt* en vez de *misĕrunt*, etc., y esto mismo hicieron las lenguas romances: cat. *feren*, franc. *firent*, cat. *foren*, franc. *furent*, cat. *veren*, franc. *virent*, cast. *vieron*. Si la tónica de un *esdrújulo* era *ĕ* o *ĭ* breves, seguidas de otra vocal breve, el latín vulgar quitaba el acento a tal *ĕ* y a tal *ĭ* y lo trasladaba a la vocal siguiente. Y así, mientras los clásicos pronunciaban, v. gr., *filíolum, Putéoli, muliere*, el latín vulgar decía *filiólum, Puteóli, muliĕre*, siguiéndole las lenguas romances: cat. *fillol*, ital. *Puzzuoli*, cast. *mujer*, port. *mulher*, cat. *muller*, franc. ant. *moillier*. El latín vulgar hizo retroceder el acento de muchos *infinitivos* a la primera sílaba, transformándolos sobre el patrón del *presente*. Y así, sobre el patrón de *bātŭō*, de *bātŭĕrĕ* hicieron *bättĕre*, de donde sale el cat. *batre* y el franc. *battre*. Sobre el patrón de *mōvĕō*, de *mōvĕrĕ* hicieron *móvere*, de donde sale el cat. *moure*. Por el mismo sistema, de *sĕdĕrĕ* se hizo *sédĕrĕ*, de donde el cat. *seure*. En los compuestos como *rĕnĕgō, implicō, sĕpārō* el latín clásico ponía el acento en la primera sílaba, mas el latín vulgar lo ponía en la segunda, diciendo *renégo, implíco, sepáro*, y lo mismo hicieron las lenguas romances. ¿A qué citar más ejemplos? Podría aducirlos a centenares.

Veamos algo de la *cantidad* y *cualidad* de las voca-



les latinas, por la enorme transcendencia que tuvieron para las lenguas romances. Las vocales, según su mayor o menor duración, son *largas* o *breves* y según el mayor o menor levantamiento de la raíz, centro y punta de la lengua respecto del paladar al articularlas, son *cerradas* o *abiertas*. Colegimos la *longura* o *brevedad* de las vocales latinas por la métrica de los versos clásicos y por las derivaciones que tienen en las lenguas romances, pues las vocales latinas se desarrollaron en esas lenguas de una manera si eran *largas* y de otra manera si eran *breves*. Distinguían los latinos la *cantidad* de las vocales de la *cantidad* de las sílabas. Las vocales eran *largas* o *breves* por naturaleza. La sílaba era *larga* si incluía una vocal larga o un diptongo o una vocal con una *consonante* que no diese en otra vocal subsiguiente, esto es, ante dos consonantes, y entonces la *vocal* se decía *larga* por *posición*. No aparece claro que originalmente la mayor o menor duración de las vocales tuviese algo que ver con su mayor o menor *cerradura* o *abertura*, mas con el tiempo vino a establecerse que, mientras la *a* permanecía inalterable en su *abertura* por articularse con la lengua lo más apartada posible del paladar, la *i*, la *e*, la *o* y la *u* durante el Imperio acabaron por ser *abiertas* si eran *breves* y *cerradas* si eran *largas*, con lo que resultaron una *e* cerrada y una *e* abierta, dos *i* (una muy aguda y otra que se confundía con la *e* cerrada), dos *o* (una cerrada y otra abierta) y dos *u* (una muy *cerrada* e inconfundible, la otra muy *abierta* y que se confundía con la *o*). Atestiguan la existencia de todos estos sonidos los gramáticos latinos y las inscripciones en piedra y en bronce de aquellos tiempos, que aduce el formidable *Schuchardt* en su mo-



numental *Der Vokalismus des Vulgärlateins* (I, 461; II, 1 y sig. 146; III, 151, 212). No puntualizo más para no hacerme interminable. Y la evolución llegó al extremo de que el pueblo latino dejó de sentir la *longura* o *brevedad* de las vocales, sintiendo sólo la *cerradura* o *abertura*; y así no hubo ya más vocales *largas* ni *breves*, sino sólo vocales *cerradas* o *abiertas*, es decir, el mismo sistema prosódico de las lenguas romances, que no se lo pergeñaron ellas, como veis, sino el latín vulgar en su última época, esto después de haber acabado con la *cuantidad* antigua y creado una nueva, haciendo *largas* las vocales *tónicas* seguidas de una sola consonante, y *breves* las seguidas de dos consonantes, es decir, todo lo contrario de los clásicos. En España y las Galias eran *largas* todas las vocales *tónicas* durante los siglos IV y V. En el siglo V el nuevo sistema prosódico quedó establecido en todos los países romanizados (Meyer Lübke, *Einführung*, § 103; *Lat. Sprache*, § 267; Grandgent, § 176.) Así las lenguas romances recibieron los vocablos latinos con la *i breve* convertida en *e* cerrada y la *u breve* convertida en *o* cerrada, desenvolviéndose las vocales ante dos consonantes como *breves*, y como *largas* ante una sola consonante o sin ninguna. El latín vulgar acabó también con casi todos los diptongos antiguos: los diptongos *æ œ*, que se pronunciaban *ai*, *oi* (lo prueba la voz *Kaiser*, que no es alemana, sino tomada del latín *Cæsar*; cuando todavía la *c* ante *e*, *i* era *velar*, sonaba *k*, y así la conservó el alemán a través de tantos siglos, como palabra prestada); el latín vulgar los *monoptongó*, los redujo a un solo sonido, a veces *e* abierta, a veces *e* cerrada, y así en lugar de decir *quaero*, *poena*, *caelu*, *caecu*, *laetu*, *praeda*, dijeron *kero*, *pena*, *kelu*, *letu*, *preda* (de



donde salen el cast. *quiero*, *cielo*, *ciego*, el cat. *cèl*, *céc* y el mall. *cégo*).

El diptongo *au* subsistió en Cerdeña, Italia meridional, Rumanía y a ratos en la Galia meridional y España oriental. En cambio el latín vulgar formó diptongos nuevos (*au*, *ai*, *ui*, *eu*) eliminando varias consonantes o reduciendo a *semi-vocales* varias *i* *ü* emparejadas con otras vocales (*avica* > \* *auca* (1) > cat. *auca*, *oca*, *parabölä* > \* *paraula* > cat. *paraula*, *amavi* > *amai* > cast. *amé*, franc. *aimai*, cat. *amí*; *cui*, *fui*, *deum*, *meum*). Esto en cuanto a las vocales tónicas; respecto de las átonas hizo también de las suyas el latín vulgar, fijando todas estas vocales: una *i* larga, una *e* cerrada breve, una *e* cerrada larga, una *e* breve abierta; una *o* abierta breve, una *o* cerrada larga, una *o* cerrada breve; una *u* cerrada breve; una *a* abierta; total: nueve vocales, que las lenguas romances desarrollaron, aumentándolas o reduciéndolas. La mayoría de las reducciones de vocales que las lenguas neolatinas hacen, las hizo ya el latín vulgar: así las formas *agosto*, *quedo*, *pared*, *caldo*, *verde*, *puesto* salen de *agustu*, *quetu*, *parete*, *caldu*, *postu*, a que el latín vulgar había reducido los vocablos clásicos: *augustus*, *quietus*, *pariete*, *calidus*, *viride*, *positus*.

Ya el latín vulgar había metido una *e* ante la *s* líquida inicial, diciendo no *stare*, *stupe*, *spe*, *specie*, sino *estare*, *estupe*, *espe*, *especie*, naciendo ya con tal sistema las lenguas romances. El latín vulgar mantuvo generalmente las átonas finales, mas en la última época

---

(1) El *asterisco* ante una palabra, indica que se trata de una palabra *latina* que no figura en ningún monumento escrito del tiempo de la latinidad viva, pero que se supone que existía, por poseerla todas o casi todas las lenguas romances.



empezaron a perderse, y hacia el siglo VIII ya no se pronunciaban, a no ser *a i* en los territorios celta, aquitano y ligúrico. Las átonas finales *e i æ* se confundían espantosamente; lo propio sucedía con la *o* y la *u*. Quintiliano acusa a Tito Livio de confundir la *i* con la *e*, poniendo una por otra; Carnoy (*Le latin d'Espagne d'après les inscriptions*, Bruxelles, 1906, pág. 45), fundándose en las inscripciones españolas hace ver que aquí confundíamos la *-i* del dativo con la *e* del ablativo y otras *-i* y *-e*. Tales confusiones fueron causa de muchos cambios que los vocablos romances experimentaron a través de los siglos.

**Consonantismo o sistema de las consonantes.** El latín vulgar hizo también sus diabluras en ese campo. No alteró gran cosa las consonantes clásicas; dejó el *h* sin valor fónico; dejó de pronunciarse la *m* final (los mismos clásicos no la contaban por nada en la medición de los versos), pero se conservó en los monosílabos. La *j*, la *đj* y *ge gi* se redujeron a un solo sonido: una *đ* palatal por el estilo de *tj* catalana y *g* italiana; y así de *ianuarius*, *iocus*, *diurnus*, *gente*, *gigante* se hizo *jenwarju* (> cat. *janer*, ital. *genaro*), *jocu* (> cat. *jòc*, ital. *giuoco*), *djurnus* (cat. *jorn*, franc. *jour*), cat. *gent*, *gigant*.

[En castellano el sonido velar aspirado de *jaca*, *gente*, *gira*, no se conoció hasta muy entrado el siglo XVI, según demostró irrefragablemente el más notable de los filólogos castellanos, el colombiano Rufino José Cuervo, en su inolvidable estudio publicado en *La Revue Hispanique* de París en 1895.]

Con *j* y *w* se funden varias consonantes, formando una porción de sonidos nuevos, que subsisten todavía en casi todas las lenguas romances, como el cast. *hago*, cat. *faig*,



*fas* y *fak*, franc. *fais*, ital. *faccio* de *facio*; el cat. *viuda*, el franc. *veuve*, el ital. *vedova* de *vidua*; el cast. *he*, el cat. *haig*, *hay*, *hé*, el franc. *ai*, el ital. *ho* de *habeo*, etc. Entre los grupos de consonantes hay que citar *ns*, que el latín vulgar redujo a *s* alargando la vocal precedente, y así de *mense*, *mensa*, *pensat*, *tonsum*, *sponsum*, hizo *mese*, *mesa*, *pesat*, *tosum*, *sposum*, de donde salen el cast. *mes*, *mesa*, *pesa*, *esposo*; el cat. *mes*, *pesa*, *tos*, *espòs*; el franc. *mois*, *pèse*, *époux*, el ital. *mese*, *pesa*, *sposo*, *tosato*. El latín vulgar puso mano también en la vocal penúltima de los esdrújulos si la seguía *l*, comiéndose dicha vocal y uniendo la *l* a la consonante precedente, que convertía en *c* si no lo era; y así de *vētŭlā*, *auricŭlā*, *āpicŭlā*, se formó *vetla* > *vecla*, *auricla*, *apicla*, desarrollando las lenguas romances esa *cl* formando el cat. *vella* y *veya*, *orella* y *oreya*, *abella* y *beya*; el cast. *vieja*, *oveja*, *abeja*; el franc. *vieille*, *oreille*, *abeille*; el ital. *vecchia*, *oreglia* y *orecchia*. La *n* final se perdió como la *m*; *k*, *t*, *p*, intervocálicas se volvieron respectivamente *g*, *d*, *b*, y así continúan en las lenguas romances generalmente; y así de *pacare* se hizo *pagare*, de *necare* > *negare*, de *immutavit* > *immudavit*, de *amatus* > *amadus*, de *lapide* > *labide*, de *aprilis* > *abrilis*, de *lepra* > *lebra*.

La *qu* de antiguo se pronunciaba *qw*, formando dip-tongo con la vocal siguiente (*qwi*, *qwe*, *qwod*); en el siglo I de nuestra era, ante *o* u se redujo a *k*, pronunciando *kod*, *sekuntur*; más adelante se hizo lo mismo ante *e* *i*, diciendo *ki*, *ke* y hasta hubo puntos, como las Galias, donde se hizo lo propio ante *a*, pronunciando, no *quatuor* ni *quando*, sino *katro*, *kando*. La *x* (*ks*) se volvió *s* (*merx* > *mers*, *dextera* > *destera*, *felix* > *felis*, *conjux* > *conjus*); en Italia y otras partes la *x* intervo-



cálica se volvió *ss vixit* > *bissit*, *Alexander* > *Alesander*). La *k* (*c*) y la *g* ante *e i* corrieron grandes azares en el latín popular; *velares* en su origen ante todas las vocales como la *k* y *gamma* griegas, durante el Imperio o antes pasaron a medio-palatales [el sonido que tienen en la mayor parte de Mallorca ante *a e i*: se articula apretando la lengua en los molares] según la descripción que dan la mayor parte de los gramáticos latinos (Vid. Lindsay, §§ 91, 92). La *k* ante *e i* mantuvo este sonido hasta el siglo vi poco más o menos; en las transcripciones de voces latinas con letras griegas que nos quedan de aquellos tiempos hallamos *KHNΣON* por *cen-sum*, *KPHΣKHNS* por *crescens*. En el siglo v el punto de articulación de *ke ki* avanza en la región palatal haciéndose *kye, kyi*, llegando en Italia a convertirse en sonido prepalatal africado (*ch* castellana) y en el siglo vii llega a hacerse sibilante africado, *ts*, y así se queda en España central hasta el siglo xvii que se hizo interdental, *θ* (*paces, cruces*), *ÿ* en las Galias y España oriental pierde la africación, quedándose sencillamente *sibilante* (cat. *sivil, siutat*; franc. *célèbrer, ciel*.)

De modo que el pueblo latino, que empezó por decir *kentum, dukere*, dijo después *kyentu, dukyere*, y acabó por decir *tsentu, sentu, chentu* con sonido de *ch* castellana; *dutsere, dussere, duchere* con el mismo valor de *ch* castellana. Consta todo esto por los monumentos latinos de aquellos siglos, que no cito para no eternizarme en este fregado. Un dato sí que no debo omitir: que en la Cerdeña central, en Dalmacia e Iliria la *k* no pasó más adelante, no se hizo prepalatal ni sibilante y se conserva todavía *k*; y así en lugar de *celu, cena, cera, cima, circare* (la *c* = *ch* castellana) pronuncian *kelu,*



*kena, kera, kima, kircare*. En cuanto a *ge gi*, consta que en el siglo IV se volvió prepalatal, es decir, un sonido por el estilo de la jota catalana o francesa; y así en los monumentos de aquella época hállase escrito *je, ji* en lugar de *ge, gi*, v. gr.: *Gerapolis* por *Hierapolis*, *GEIUNA* por *jejuna*, *GENUARIUS* por *JANUARIUS*, *AGEBAT* por *AJEbat*, (decía), *INGENS* por *iniens*, etc., y con este sonido nacieron todas las lenguas romances (ital. *legere, gente*, cast. *YERNO* < *genere*, *leyes* < *leges*, *reyes* < *reges*; franc. *ré-gir, gÉNÉral, gibbie*; port. *geladu, gemidu, genru*; cat. *gel, gent, genoy*.) Mas también hartas veces este sonido se fundía con la vocal siguiente (*magister* > *mayister* > *maester*; *regina* > *reyina* > *reina*; *magis* > *mays*; *regalis* > *reyalis* > *realis*.)

La *l* + *i* o *e* y la *n* + *i* o *e* se volvieron palatales, recibéndolas así todas las lenguas romances (*filiu* > *fill*, *palea* > *palla*, *vinea* > *vinya*, *tinea* > *tinya*). La *k* + *i* y *t* + *i*, tan diferentes originariamente, la primera *velar*, la segunda *dental*, en el segundo y tercer siglos de nuestra era se hicieron palatales (*ky, ty*) confundiéndose completamente, como lo atestiguan los monumentos de entonces que nos dan *Ἀροντιανός* por *Aruntianus*, *concupiscencia* por *concupiscentia*, *terminaciones* por *terminations*, *justicia* por *justitia*, *orationem* por *orationem*, *mendatium* por *mendacium*. Los gramáticos de aquellos tiempos tronaban contra tal pronunciación, diciendo uno de ellos, Albinus: *Benedictio et oratio et alia T debent habere in pœnultima syllaba, non c* (Vide Seelman, *Die Aussprache des Latein*, p. 321.) Aquel sonido palatal acabó, durante el siglo IV, por volverse *sibilante africado*, es decir, *ts*, y así en los monumentos de entonces se halla escrito *crescentsian* [us] (siglo II) por



*crescentianus*, *Marsianesses* (siglo III) por *Martianenses*, *Zodorys* por *Theodorus*, *Vincentsus* por *Vincentius*. Servius, gramático de aquel tiempo, dice expresamente que la *ti*, seguida de vocal, es *sibilante* las más de las veces; y Papirio, otro gramático de entonces, llega a decir que la tercera sílaba de *justitia*, es decir, la segunda *ti* «suena como si constase de *t z i*» (*sic sonat quasi ex tribus litteris t z et i constet*.) Este sonido se mantuvo inalterable en Italia (*prudenza*, *piazza*) y en España central hasta el siglo XVII (*altdesa*, *pladsa*) según demostró Cuervo cumplidamente (*Revue Hispanique*, t. V, 1895.) La *t* y la *d* finales se confundían, usándose una por otra. En los últimos tiempos del Imperio la *t* final dejó de pronunciarse, y así se encuentra en los monumentos de entonces *ama*, *peria*, *relinque*, *valia*, *vixi*, *posuerun*, *restituerun* por *amat*, *pereat*, *relinquet*, *valeat*, *vixit*, *possuerunt*, *restituerunt*. La *r* final, menos en los monosílabos, dejó de pronunciarse en la última época del latín vulgar, y encontramos en monumentos de entonces: *mate*, *frate*.

La *s* sonora (*casa*) en la época primitiva se volvió *-r*. La *-s* final los rústicos en tiempo de Cicerón no la pronunciaban; en el siglo III de nuestra era desapareció en la Italia central; mas en las Galias y en España se conservó, y este mismo estado de cosas subsiste en el italiano, el castellano y el catalán respectivamente. En las inscripciones del siglo II se confunden espantosamente la *b* y la *v* iniciales, y así se escribe: *Biginti*, *Bixit*, *Botu*, *Balerius*, *Bitu*, y también *valneas*, *vibit*, *Bobis*. Grandgent (§ 316) explica esta confusión diciendo que sería en gran parte o del todo gráfica, es decir, del escriba o grabador, y debida a la identidad de sonido que



enían la *b* y la *v* intervocálicas, pues hallamos en los monumentos de entonces *devere*, *devitum*, *provata*, *juvènte*, *vovis*, *regivo*, *devetis*. La *f* originariamente era *bilabial*; hacia el siglo III se volvió *dentilabial* y en la última época del latín vulgar se volvió *v* entre vocales; y así en los monumentos de entonces encontramos *alevanti* por *elephanti*, *paceveci* por *pacifici*, *pontevecem* por *pontificem*. La *v* originariamente era *bilabiovelar* (franc. *oui*, cat. *diwen*, *plòwen*); probablemente en los primeros tiempos del Imperio perdió el elemento *velar* y se redujo a *bilabial fricativa*, la *b* intervocálica de los castellanos y de casi todos los catalanes continentales, para quienes no existe la *v* de las Baleares, Vanrell, Camp de Tarragona y casi todo el reino de Valencia, menos la región del *parlat pitxat*. Finalmente, antes de derrumbarse el Imperio la bilabial fricativa ( $\beta$ ) se volvió dentilabial en casi todas las naciones romanizadas, titubeando, después de líquida, entre *v* y *b*; y así aparecen en los monumentos grafías del tenor siguiente: *cerbus*, *ferbeo*, *nerba*, *corbi*, *serbat*, *solbit*, *ferbui*. Todos esos fenómenos aparecen en las lenguas romances. En los últimos tiempos de la República el pueblo dejó de pronunciar *w* o *b* fricativa ante *u*, diciendo *flaus* por *flavus*, *vius* por *vivus*, *oum* por *ovum*, *noum* por *novum*, *rius* por *rivus*; y sabemos que se pronunciaba eso porque los gramáticos de entonces clamaban que no debía pronunciarse tal cosa. Si no se pronunciara, no reclamaran los buenos de gramáticos, gente uraña y de malas pulgas en todos tiempos y latitudes. La *u* en los últimos tiempos del latín vulgar, al ir aparejada con otra vocal, se volvió *w* (bilabiovelar), y así de *eccu hic*, *eccuista*, *nocui*, *placuit* se hizo *\*ekkwic*, *ekkwista*, *nokwi*, *pla*



*kwit*, que tienen sus derivaciones en las lenguas romances. El latín vulgar recibió del griego, germánico y celta cierto elemento vocálico y consonántico, pero se lo asimiló, y asimilado pasó á las lenguas que brotaron del latín; no lo puntualizo para no hacerme interminable.

Veamos ahora algo de la morfología del latín vulgar, es decir, su sistema de formación de vocablos, declinación y conjugación, fuente omnímota de la morfología romance. Tendré que ser brevísimo porque la materia es vastísima.

En punto a *vocabulario*: vemos usado en latín vulgar: <sup>a)</sup> *comparare* en sentido de *comprar*, no de *parangonear*; — <sup>b)</sup> *capit*, no en sentido de *tomar*, sino de *ser posible una cosa* (*non CAPIT videri Deus; hæc estimare non CAPIT*); — <sup>c)</sup> *collocare* en sentido de *acostarse* (cat. *colgar-se* y *cotxar-se*, franc. *coucher*, ital. *coricarsi*); — <sup>d)</sup> *ingenium* en sentido de *astucia*, *artificio* (cat. *enginy*); — <sup>e)</sup> *mulier* en sentido de *esposa*, no de *mujer* en general (cat. *muller*, ital. *moglie*, port. *mulher*, afranc. *moillier*); — <sup>f)</sup> *focus* en lugar de *ignis*; — <sup>g)</sup> *parentes* en sentido de *consanguíneos*, no de *padres*; — <sup>h)</sup> *se plicare* en sentido, no de *plegarse* o *doblarse*, sino de *irse* (el *plegar* de Valencia y del Principado); — <sup>i)</sup> *villa* en sentido de *población*, no de *granja*; — <sup>j)</sup> *facere* expresando la sucesión de *tiempo* (*quadraginta dies fecit: cuarenta días hizo*); — <sup>k)</sup> *habere* en sentido de *existir* (in arca Noé.... *habuit serpentes*: en el arca de Noé, *hubo serpientes*); — <sup>l)</sup> *populus minutus* en sentido de *gente de poco más o menos*, *gente menuda*; — <sup>m)</sup> En lugar de *atrium* se decía *cors* (*Corte*, *patio*); en vez de *equus*, *caballus*; en vez de *ferre*, *portare*; en vez de *ludus*, *jocus* (*juego*); en vez de *magnus*, *grandis*; en vez de *os*, *bucca*; en vez de *senex*, *vetulus*



( > *vetlus* > *veclus* > cat. *vell*, cast. *viejo*, ital. *vecchio*, franc. *vieux*, port. *velho*); en vez de *discere*, *apprendere*; en vez de *domus*, *mansio* (cat. *masó*, cast. *mansión*, franc. *maison*, ital. *magione*, port. *mansao*) y *hospitale* (prov. *hostau*, franc. *hôtel*); en vez de *humeri*, *spatula* (cat. *espal-la*); en vez de *omnes*, *toti* (todos); en vez de *vitricus*, *patraster* (padrastro); en vez de *noverca*, *\*matraster*; en vez de *privignus*, *\*fliaster*; en vez de *aliquis*, *res nata* (*res nat* que decimos en catalán); en vez de *crus*, *gamba* (cat. *gamba* y *cama*, cast. *jamba* de puerta, franc. *jambe*, ital. *gamba*); en vez de *avis*, *aucellus* (cat. *aucell*, franc. *oizel*, *oizeal*, *oizeau*, *oizeaó*, *wezeó*, *wezó*, *wazó*, ital. *uccello*); en vez de *dies*, *diurnus* ( > cat. *jorn*, franc. *jour*, ital. *giorno*); en vez de *novus*, *modernus*; en vez de *nunc*, *ad horam* (cast. *ahora*, cat. *ara*); en vez de *intus*, *de intro* (cast. *dentro*, cat. *dintre*); — *Dolus* en sentido, no de *engaño*, sino de *doler* ( > cat. *dol*, cast. *duelo*, port. *dôr*, franc. *deuil*, ital. *duolo*. En vez de *genuflectere*, *adgenuculare* (cat. *agenollar*, port. *ajoelhar* [ajuellar], franc. *agenouiller*, ital. *inginocchiare*, cast. de *hinojos*).—¿A qué citar más casos, si existen a millares en todas las lenguas romances, cuyo vocabulario en su inmensa mayoría brotó en el seno del latín vulgar?—Todo el sistema de *sufijos* de los idiomas neolatinos para formar *sustantivos* y *adjetivos* arranca igualmente del latín vulgar; Grandgent pone la lista de tales *sufijos*, llegando a ochenta y seis nada menos. Los millares de derivados que los idiomas romances poseen (el catalán es el que posee más) casi todos proceden de tales *sufijos*. Vamos a dar una muestra. Del tema latino *fustis* y de los *sufijos* latinos correspondientes tenemos: *fust*, *fusta*, *fustota*, *fustassa*, *fusteta*, *fusteua*, *fustoya*, *fusti-*



*na, fustenga, fustel·la, fustetxa, fustam, fustim, fustum, fustada, fustetjar, fustería, fuster, fusterum, fusterim, fusteram, fusteretjar, fusterada, fusterot, fusterás, fusteret, fusteroy, fustereu, fusterey, fusterango, fusteringo, fusterengo, fusteretxo, fusterel·lo, fusterul·lo, fusterinoy, fusterinoyet.* Del tema latino *homine* y de los sufijos latinos vulgares correspondientes tenemos:—<sup>a</sup>) en Mallorca: *homo, homonot, homonás, homonarro, homonet, homoneu, homoney, homoniqueu, hometxol* (Bt. R. Lull), *homonetxo, homonel·lo, homonul·lo, homoningo, homonengo,* y en Ibiza encontré en 1917 todos estos otros: *humenel·lu, humenatxu, humeniu, humenatxot, humenoy, humenicot, humenillu, y humenicu.* Tanto el italiano como el castellano son muy prolíficos también en derivados y casi todos los forman con sufijos netamente latinos vulgares. En una palabra: tal es la identidad de estructura gramatical de los idiomas romances con el latín vulgar, que no dudo en sostener que todas las formas idiomáticas del latín *escrito* o *clásico* que no tienen derivación ni correspondencia en los idiomas neolatinos, es que ya las perdió o eliminó el latín vulgar; todas las formas idiomáticas que en las lenguas romances tienen un valor diferente del que tenían en el latín *escrito* o *clásico*, tomaron aquel valor ya en el latín vulgar y de éste las recibieron aquellas lenguas.—El latín vulgar formó los millares de *adverbios de modo*, tan hondamente romances, compuestos del sustantivo *mente* en ablativo y la terminación genérica adjetiva correspondiente, v. gr: *forti-mente, obstinata-mente, jocunda-mente, pari-mente, sola-mente, \*bona-mente, \*mala-mente.*—En el latín vulgar *comparativos* y *superlativos* perdieron paulatinamente su valor propio, tomando los *comparativos*



el valor de *superlativos* y los *superlativos* el de *positivos*, diciéndose, v. gr: *omnium levior* en vez de *omnium levissimus*, *inertior ætas*; *hic est filius meus carissimus*; *sancta atque dulcissima*. Y no sólo esto, sino que se suplieron las formas comparativas, anteponiendo al *positivo* los adverbios *magis* y *plus*; v. gr: *plus miser* (Tertuliano) [MÁS miserable], *plus formosus* (Nemesianus) [MÁS hermoso], *plus dulce*, *plus felix* (Sidonio Apolinar) [MÁS dulce, MÁS feliz], *MAGIS mirabilem* [MÁS admirable], *plus popularis* [MÁS popular], *magis præclarum* [MÁS preclaro]. Se encuentran igualmente en el latín vulgar expresiones de este jaez: *maxime congruus* (muy congruo), *maxime pessima* (muy pésima), *plus levior* (más leve), *magis melior* (más mejor). Del latín vulgar les viene, pues, a las lenguas romances su sistema de formar *comparativos*.—El numeral *unus* dejó de significar *uno solo*, pasando a ser un artículo indeterminado; siendo frecuentes entre los escritores populares las expresiones: *Lepida UNA mulier* (Plauto), *UNUS servus* (Petronio), *accedit ad eum UNA sorella*. (Vulgata latina itala, antes de la corrección de San Jerónimo).—Sólo unos pocos ordinales y aun los más reducidos usaba el pueblo, después del siglo v; el pueblo mallorquín sólo usa *primer* y *segon*, formando los demás con un circunloquio (*el qui fa tres*, *el qui fa quatre*, *el qui fa cinc*, en lugar de *el tercero*, *el cuarto*, *el quinto*).

*Pronombre*: fué la única parte de la oración que pudo salvar algo de su declinación. El latín vulgar distinguió dos clases de pronombres: <sup>a)</sup> los *tónicos*, autónomos, <sup>b)</sup> y los *átonos*, dependientes de *nombre* o *verbo* y adheridos siempre a éstos: distinción de gran transcendencia en el desenvolvimiento de los pronombres romances.



*Pronombres personales:* De *ego* el latín vulgar hizo *eo*, de donde salieron *jò, iò, eu, yo, io, je*. El adjetivo *ille* pasó a pronombre de 3.<sup>a</sup> persona, formando un *dativo* nuevo: masculino *illui*, femenino *illei*, ambos prolíficos en los idiomas neolatinos. — *Posesivos:* en el latín vulgar desaparece el *vester* por completo, sustituyéndole el *vostru*, formado sobre el *nostru*. Además de las formas tónicas se usaban ya las átonas abreviadas: *mus, mum, ma; tus, tum, ta; sus, sum, sa*; plural: *mis, mos, mas* (el castellano sólo salvó *mi, tu, su, mis, tus*; el catalán las salvó todas: *mon, mun, ma; ton, tun, ta; son, sun, sa; mos, mes*). — *Demostrativos:* el latín vulgar reforzó con las partículas *ecce, eccum, acc-*, los demostrativos *ille, iste, ipse*, formándose *ekkille, ekkiste, ekkipse; ekku-ille, ekkuiste, ekkuipse*. — Sin esas partículas, *ille, hic, ipse, is* bajan al rango de artículos definidos, perpetuándose en todos los idiomas neolatinos *ille; ipse* en los dialectos sardos, en las Baleares, una parte considerable de Cataluña Oriental y Gascuña; *his* e *is* se perdieron como tales artículos en el latín vulgar. — *Partículas pronominales:* pasó a serlo el adverbio *inde* y como tal se conservó en catalán, italiano y francés, bajo la forma *en, ne*, hallándose en documentos latinos expresiones como ésta: *nemo inde dubitat* (cat. *negú EN dupta*; franc. *personne n'en doute*; ital. *nessuno ne dubita*). *Idem* dejó de ser popular; *hic, ille, iste* se usaban indistintamente; *hic*, empezó a ser raro, desapareciendo en todas sus formas en el seno del latín vulgar, salvándose sólo la forma neutra *hoc*, que solamente subsiste en catalán en la partícula pronominal *ho* (*dir-HO, fer-HO*). — *Relativos:* en el latín vulgar llegaron a la mayor confusión; el *quae* se usaba como *neutro* y como *masculino*, como *acusativo femenino*.



*no singular y acusativo masculino plural; quod se usaba como masculino, como femenino plural y como neutro plural; quem se empleaba como neutro; qua como neutro plural* tantas veces; *qui* en vez de *quis*, *qui* por *quae*, *qui* y *quem* por *quae* y *quam*. Confundidos tan disparatadamente los *relativos*, pasaron del latín vulgar a las lenguas romances.

*La declinación:* veamos ahora sus azares. La caída de los sonidos finales *átonos*, iniciada en el latín vulgar y consumada en el ocaso del Imperio, dió al traste con la declinación, no súbitamente, sino por grados. El llamado caso *locativo*, para expresar el sitio en que se hacía una cosa (v. gr: *domi*) [en casa], *Valentiae* [en Valencia], *Parisiis* [en París], que ponían en genitivo o ablativo los clásicos, quedó circunscrito a designar ciertas localidades, acabando por considerársele como forma invariable o como nominativo.—El *vocativo*: como era igual al *nominativo* menos en los nombres de la II declinación, que lo hacían en *-e*, ya los clásicos tendían a eliminarle, hallándose en Plauto, Horacio y Tito Livio vocativos de la II declinación en *-us*, no en *-e*. En el latín vulgar se considera que se perdió el *vocativo*, quedando sólo en algunas frases hechas, v. gr: *mi domine*, conservándose alguna en lengua de oc (*mi dons*) [*mi señora! señora mía*]. En uno de los cuentos populares mallorquines (llevo publicados siete tomos), *La Princesa bella*, un príncipe encantado suspirando ante un *peine*, una *cinta* y un *cabello* de la *Princesa bella*, dice: ¡O pinteta mía! ¡O veteta mía! ¡O cabeyet mí, de la senyora mía! Ya lo veis: ese *cabeyet mí!* es uno de los pocos vocativos que se salvaron de la catástrofe general de la declinación latina.—El *genitivo*: poco a poco fué desapareciendo, suplantándole



el *ablativo* con *de*. Ya Cicerón decía: *partem de istius impudentia*, *Verr.* II, s, 12. Menudean en los monumentos latino-vulgares expresiones así: *de aceto plenum*; *de deo munus*; *curator de sacra via*; *de sorore nepus*; *nil gustabit de meo*; *neminem de præsentibus*; *aliquid de lumine*. Meyer Lübke considera que el *genitivo* dejó de ser popular a principios del siglo III, quedando sólo en algunas frases hechas y en los pronombres: cast. *cuyo*, *cuya*; port. *cujo*, *cuja*; cat. *llur*, *llura*; francés *leur*; ital. *loro*. — El *dativo*: fué más resistente que el *genitivo*, pero ya en Plauto Varrón y Tito Livio se nota la tendencia a reemplazarle por el acusativo con *ad*, debido a que en el singular se confundía con el *genitivo* en los nombres de la I declinación y de la V, y con el *ablativo* en los nombres de la II, y en el plural se confundía con el *ablativo* en todas las declinaciones; así es que tal sustitución se generalizó en la mayor parte del Imperio, desapareciendo el *dativo* hacia el siglo V, quedando sólo en Dacia y en Rumania; en todo el Occidente sólo se salvaron algunas formas de pronombres personales: <sup>a)</sup> cast. *le*, *les*, *mi*, *ti*, *si*; <sup>b)</sup> port. *lhe*, *lhes*, *mim*, *ti*, *si*; <sup>c)</sup> catalán: *mi*, *ti* (desaparecido hace siglos), *si*, *li*, *lis*, *elzi*, *lozi*; <sup>d)</sup> francés: *lui*, *li* (anticuado); <sup>e)</sup> italiano: *lui*, *le*, *lei*, *mi*, *ti*, *li*, *ci*, *vi*. — El *ablativo*: establecido por el latín vulgar el sistema de sustituir el *genitivo* y el *dativo* por medio de preposiciones, como cerca de la mitad de ellas eran de *ablativo*, este caso resultó muy favorecido con el cataclismo de los demás, poniéndose empero preposición en casi todos los casos que entre los clásicos iban sin ella. No pronunciándose la -m del *acusativo* perdida la *cantidad* de las *vocales*, que distinguía en muchos casos el *ablativo* del *acusativo* y de otros casos, y confundidas las preposi-



ciones de *ablativo* con las de *acusativo*, llegando a usarse todas indistintamente en entrambos casos—todo esto en el latín vulgar—resultó la confusión completa entre el acusativo y el ablativo, no conservándose de éste más que algunas frases hechas que acabaron por ponerse en *nominativo*, como en esta frase de *Peregrinatio Silviae* del siglo IV: *et benedicens nos episcopus profecti sumus, visa loca sancta omnia*, en vez de *visis locis sanctis omnibus*.—El *acusativo* fué el más resistente de los casos, sobreviviendo al latín vulgar, pues sabido es que la casi totalidad de los vocablos romances se formaron sobre el acusativo. De modo que, al expirar el latín vulgar, de los seis casos de la declinación no quedaban sino dos: el *nominativo*, que solía servir para los *sujetos*, y el *acusativo* para el *término de acción, directo o indirecto, o caso regido*. Ese estado de cosas conservaron hasta muy entrado el siglo XIII la *lengua de oc* y la *lengua de oïl*, las primeras en tener literatura entre todas las neolatinas.—Más, el latín vulgar no sólo perdió la distinción de casos reduciéndolos a dos, sino que también redujo las cinco declinaciones a tres, pues los nombres de la IV ingresaron en la II y algunos en la I, y así hállanse en los monumentos del latín vulgar: *manos, jusso, passos, fructos, lucto* en vez de *manus, jussu, passus, fructus, luctu* i *nura* (nuera), *socra* (suegra), en vez de *nuru, socru*. Los nombres de la V unos pasaron a la I como *materia* < *materies*, *glacia* < *glacies*, *facia* < *facies*, y otros a la III como *spes*—Los nombres de la I ya antes de Cristo, según Mohl (*Chronologie*, 205-209), formaban un nominativo plural en *-as* (*Liberti libertasque*).—Donde se introdujo mayor confusión fué en los casos de la III: se hacía terminar el ablativo a veces en *-e*, a veces



en *-i*, acabando por triunfar *-e*. El acusativo plural se le hacía terminar tanto en *-es*, como en *-is*. La desinencia *-is* suplantaba también a la *-es*, hasta en el nominativo singular. Los nombres que en el nominativo singular tenían una sílaba menos que en los restantes casos, añadían al nominativo *-is*, *-es*, *-e*, resultando éstos inverosímiles nominativos: *fontis*, *stipes*, *carnis*, *lacte*, *stirpis*, *gruis*, y hasta *excellente*, *audace*, *latrone*, *victore*, *voluntate*, que hubieran vuelto tarumba a Cicerón, Julio César, Tito Livio, Horacio, Ovidio. ¿Qué había de quedar de la primitiva III declinación después de tantos trastrueques?—En Italia y Dacia, con la pérdida de la *-r* y *-s* de los nombres, desapareció del todo la declinación antes de morir el latín vulgar; lo mismo sucedió en España. En las Galias subsistieron hasta el siglo XII el caso *regente* y el caso *regido*; por esto los poseyeron, como hemos dicho, las lenguas *de oc* y *oïl*.—Otra alteración acaeció en el latín vulgar: se perdió el género neutro. Con la caída de los sonidos finales, que eran precisamente los que distinguían los nombres *neutros* de los *masculinos*, por cuanto los tres géneros no se distinguían por el sexo ni por la falta de sexo, sino que eran distinciones gramaticales que afectaban únicamente a la forma exterior, a la desinencia precisamente. Por esto, alterada la desinencia por la caída de los sonidos finales, se confundieron los géneros, naufragando absolutamente el neutro, y así los nombres que lo eran en su inmensa mayoría se volvieron masculinos y algunos femeninos, al paso que algunos femeninos se hicieron masculinos y algunos masculinos femeninos. Los femeninos de la II en su mayor parte y muchos de la IV se volvieron masculinos: así *fraxinus*, *castaneus*, *domus*, *ficus*, *manus*; en



las Galias y en la región oriental de España los abstractos en *-or* (*amor, calor, odor, dolor* etc.) se volvieron femeninos. Ya en latín clásico ciertos neutros se volvieron masculinos, como *balteum, caseum, cornu, frenum, nasum, tergum*, reducidos a *balteus, caseus, cornus, nasus, tergus*. En el latín vulgar la desbandada de neutros hacia el género masculino fué general, y así encontramos *lactem, balneus, caelus, fatus, vinus, marem, castellus, lignus, signus, templus, verbus, frigorem, pectorem, iudicius*; mientras bastantes masculinos se volvían neutros. La pérdida del género neutro en los nombres se consumó en los últimos tiempos del latín vulgar, salvándose solamente algunas formas neutras de pronombres y adjetivos, para construcciones especiales.— En el latín clásico no sólo se usaba el singular por el plural en sentido colectivo, sino también el colectivo plural por el singular. Por esto, al desaparecer la forma neutra singular, se conservó la plural en sentido colectivo, es decir, la desinencia *-a*, que se extendió a muchos masculinos; y así, no sólo brotaron como colectivos *singulares* *folia, gaudia, ligna, pectora, corpora, palpebra*, sino *digita, fructa, fusa, grada*, y hasta *armentas, membras, simulacras, ingenias* (Glos. de Cassel y Reichnau). El catalán conserva *milies*. De esos *femeninos singulares*, procedentes de neutros plurales latinos, tenemos en catalán todo un pelotón: *còrpora* (sinónimo humorístico de *cuerpo*), *òssa* (conjunto de los huesos de una persona o animal), *canavera* (esqueleto, procedente de *cadavera*), *fulla* (< *folia*), *llenya* (< *ligna*), *senya* (< *signa*), *brassa* (< *brachia*), *berba* (< *verba*), *nómina* (< *nomina*), *joia* (< *gaudia*), *grava* (< *gravia*), etc. Algunos neutros se volvieron femeninos, como *marmor* y *mare*, que en ca-



talán todavía lo es (*la mar, la mar petita, la mar gran, mar grossa*).

Si enorme fué el cambio que experimentó la lengua con la pérdida de la declinación, no lo fué menos el producido por el nuevo sistema de conjugación que el habla popular fué desarrollando. El pueblo dejó de usar muchedumbre de formas verbales, y en las que conservó, introdujo procedimientos que cambiaron de pies a cabeza el sistema antiguo. Puntualicemos un poco:

*Modos impersonales:* del *infinitivo* sólo se salvó el *presente activo* (*amare*), perdiéndose: <sup>a)</sup> el *pretérito* (*amavisse*), <sup>b)</sup> el *futuro I* (*amaturum esse, amatum ire*), <sup>c)</sup> el *futuro II* (*amaturum fuisse*), <sup>d)</sup> el *participio de futuro* (*amaturus*): todos estos modos fueron sustituidos por *modos personales*. <sup>e)</sup> Perdióse también el *supino* (*amatum*), reemplazándole el *infinitivo presente*, y así San Agustín dijo, Serm. 225, cap. 4: *cum veneris ad bibere*; mas en Rumania se conservó. <sup>f)</sup> Desapareció igualmente el *gerundio* (*amandi*), usándose en su lugar el *infinitivo presente* (*necessitas tacere*), salvándose sólo en *ablativo*, empleándose empero no como entre los clásicos, sino en lugar del *participio de presente*, que se redujo ordinariamente a *sustantivo* o *adjetivo*, y así se quedó a la postre en todas las lenguas romances, según el impulso del latín vulgar.—El *participio perfecto* no solamente se conservó, sino que vino a tener una importancia extraordinaria, como veremos, tanto que los verbos latinos que no le tenían, se fabricaron uno, y muchos de los antiguos cambiaron de estructura.—Las clásicas *oraciones de infinitivo*, irremisiblemente en *acusativo* como sabéis, fué reemplazándolas el pueblo desde el siglo III por la *voz pasiva* a veces, pero más ordina-



riamente por cláusulas precedidas de *quia*, *quoniam*, *quod*, *ut*. Empezó a emplearse el *infinitivo* como *nombre* (*per malum VELLE perdidit bonum POSSE.*) Bajo la influencia de *carus est*, vino *amatus est* a significar *amatur*. Y se enamoró el pueblo tan fuertemente de esta manera de decir, que acabó por abandonar la *voz pasiva*, sustituyéndola por el *participio perfecto* y el verbo *esse*, hasta el extremo de no quedar de la *pasiva* más que el *participio* y en algunos casos el *gerundivo*; y así se encuentran en los monumentos del latín vulgar frases como estas: *mors salva erit cum fuerit devorata; permissa est accedere*. Al desaparecer la *voz pasiva*, los verbos *deponentes* (de *forma pasiva*, pero de sentido *activo*) adoptaron la *forma activa*, y así aparecen ya en Petronio. Al iniciarse la desaparición de la *pasiva*, se sustituía también por construcciones *reflexivas* y *activas*; y así en el siglo IV hallamos: *littera se scribit; litteram scribunt; litteram scribit homo; facit se hora quinta; se sanare*. — *Modo imperativo*: perdió entre el pueblo todas sus formas menos la segunda del *singular* y del *plural*, sustituyéndose la tercera del *singular* y primera del *plural* por las de *subjuntivo* y así lo hacen todas las lenguas romances. El imperativo en forma *negativa* se reemplazó por el *sujuntivo*, por el *indicativo* a veces y en Italia, las Galias y Dacia por el *infinitivo*, y todos estos procedimientos o alguno de ellos emplean todavía las lenguas romances. — *Modo subjuntivo*: el uso del *sujuntivo* se limitó grandemente en el latín vulgar, reemplazándole por el *indicativo* (*cum hi omnes tam excelsi SUNT; si scire VULTIS quid FACITIS*) y también por *debeo* y el *infinitivo* correspondiente: *debeant accipi* en lugar de *accipiantur*. — El *imperfecto de subjuntivo* (*amaren*) fué





desapareciendo gradualmente, empleándose en su lugar el *plusquamperfecto de subjuntivo* (*amavisset, amasset*), diciéndose *debuisset, potuisset, voluisset* en vez de *deberet, posset, vellet*, como lo hace repetidas veces San Gregorio el Grande. Ya los escritores del siglo III y del IV titubeaban en eso horrorosamente, acabando el tal *imperfecto* por desaparecer de todos los territorios romanizados, menos Cerdeña, quedando en su lugar el *plusquamperfecto*, que en Rumania tomó el valor de *plusquamperfecto de indicativo*.—El *perfecto de subjuntivo* (*amaverim*) vino a fundirse con el *futuro perfecto* (*amavero*), conservándose sólo en la España central (*amare, dijere*) y en algunos dialectos italianos y rumanos en su sentido primitivo. De modo que de todos los tiempos de *subjuntivo* sólo subsistió en sus primitivas funciones el *presente*, y todavía viéndoselas en gran manera limitadas.—*Modo indicativo*: el *presente* y el *imperfecto* y el *perfecto* se salvaron, naufragando todos los demás tiempos y formas. Hasta el *perfecto* se vió en extremo descartado por un nuevo procedimiento, a saber: el *presente de habeo* y el *participio perfecto* del verbo conjugado (*habeo visum, habes dictum, habet monitum* en lugar de *vidi, dixi, monui*.) Esto simplificaba extraordinariamente la *conjugación*, y por esto, sin duda, el lenguaje popular lo abrazó decididamente. Tal procedimiento ó sistema de hacer *pretéritos perfectos* tenía precedentes aun entre los mismos clásicos; así Catón el viejo había escrito: *quid Athenis, EXQUISITUM HABEAM*; Plauto: *illa omnia MISSA HABEO*; *omnis res RELICTAS HABEO*; Salustio: *COMPERTUM ego HABEO*; Cicerón: *satis HABEO deliberatum*; *SCRIPTUM HABEO*; *rationes COGNITAS HABEO*. En el lenguaje popular este sistema suplantó completamente el *per-*



*fecto* primitivo, que vino a quedar confinado en sus funciones de *aoristo* o *indefinido*, salvando sólo en algunos casos el sentido antiguo de *perfecto* en la España central (v. gr.: HOY *le VI* y *le SALUDÉ*) y en algún dialecto de Italia. — Aplicando el mismo sistema al *plusquamperfecto* y al *futuro perfecto*, se los reemplazó por el *imperfecto habebam* y el futuro *habebo* respectivamente, y el *participio perfecto* del verbo conjugado; y así, en vez de decir *amaveram, legeram, monueram*, dijeron: *amatum habebam, lectum habebam, monitum habebam*; y en vez de decir *amavero, legero, monuero*, dijeron: *amatum habebo, lectum habebo, monitum habebo*, si bien esta manera de *futuro perfecto* fué de corta vida, por haber el lenguaje popular dado al traste con las formas del *futuro clásico*, según vamos a ver. También en los clásicos se encuentran precedentes de tales *plusquamperfectos* y *futuros perfectos*. Cicerón: *quas in aerario CONDITAS HABEBANT*; otro clásico: *de Caesare satis DICTUM HABEBO*. El *pluscuamperfecto* subsistió todavía algún tiempo, a veces con su significación originaria, a veces con funciones de *pretérito*, a veces con funciones de *condicional*. Su función de *condicional*, que acabó con el latín clásico, se conservó en España, en la Galia meridional y en algunas regiones de Italia. — *El futuro imperfecto* y el *condicional*. El *futuro* no era uniforme en las cuatro *conjugaciones*. La forma en *-bo* (*amabo, monebo, ibo*) que se usaba en la primera, segunda y cuarta, prevaleció en las dos primeras; sólo era originaria en Roma y su comarca, según Mohl, *La prém. pers. du plur. en Gallo-roman*, 1900, pág. 143.) En las dos primeras *conjugaciones* resultaba demasiado semejante al *imperfecto* (*amabo amabam; monebo-monebam*), y en las demás



conjugaciones (tercera y cuarta) con los cambios de pronunciación que experimentaban vulgarmente los sonidos finales átonos se confundía con el presente de *sujuntivo* y de *indicativo*. Todo esto hizo impopulares las formas del *futuro*, que poco a poco dejaron de emplearse en el lenguaje familiar, y en escrito se cometían cómicos trastrueques, según prueba Schuchardt (*Vokalismus*, I, 98). Ya los clásicos a veces, para obviar tales dificultades, se servían de ciertos circunloquios en lugar del *futuro*, diciendo v. gr.: *facturus sum, delenda est, habeo dicere* en lugar de *faciam, delebo, dicam*. Durante el Imperio se inició una recia tendencia a sustituir el antiguo futuro por esos u otros circunloquios. En Cicerón es frecuente usar el *presente indicativo* en vez del *futuro imperfecto* en *oraciones condicionales*. Tal procedimiento se extendió a toda suerte de *construcciones*, y así encontramos frases como estas: «*si vis..... DUCO vos ibi; cum volueris ire, IMUS tecum et OSTENDIMUS tibi; quando CORRIGIS, quando MUTARIS? cras, inquis*». La forma de *futuro*, favorita entre los últimos escritores latinos, era el *participio de futuro + esse* (*et sic nos futuri sumus resurgere*, que decía San Agustín en vez de «*et sic nos resurgemus*». También se hacía el futuro con el *presente* de *velle, posse* o *debere* y el *infinitivo* del verbo conjugado (*possum amare, volo videre, debeo legere* en lugar de *amabo, videbo, legam*). La forma que prevaleció fué la del *presente habeo + el infinitivo* del verbo correspondiente. Usaron ya tal manera de futuro, Tertuliano, Servio, San Jerónimo y San Agustín, y en el siglo VI era general en Italia y pronto lo fué en todos los países romanizados, notándose que en los últimos tiempos del latín vulgar y primera época de las lenguas



romances, el *infinitivo* iba delante y detrás el *presente* (*amare habeo, videre habes, legere habet, monere habemus, audire habetis, scribere habent*); era frecuente ya en el latín vulgar, especialmente en los últimos tiempos, escribir unidos los dos elementos de tal *futuro*, y así acabaron por escribirlos todas las lenguas romances, menos el portugués, que todavía los escribe separados en *futuro composto*.—Aplicando este mismo sistema, formó el latín vulgar un *futuro condicional* con el *infinitivo* del verbo conjugado y el *imperfecto* de *habere* (*amare habebam, ire habebam*), giro que el latín clásico ya usaba en sentido de *obligación* o *necesidad*; Tertuliano, San Cipriano y San Hilario lo usaron como simple condicional (Grandgent, § 130). Pues bien: todas las lenguas romances nacieron con esta forma de *futuro imperfecto* y de *condicional* y no tienen otras. Otras muchas alteraciones introdujo el latín vulgar en la conjugación clásica, pasando ciertos verbos de la segunda conjugación a la tercera o a la cuarta y de la tercera a la segunda. Los de la primera en general permanecieron inmutables, los de la cuarta no tanto; los más zarandeados fueron los de la segunda y tercera.

Es evidente que los verbos catalanes *tondre, respondre, moure, seure, riure*, no proceden de *tondère, respondère, movère, sedère, ridère*, de los clásicos, sino de *tóndere, respóndere, móvere, sédere, rídere*, formas populares en que el acento había retrocedido, seguramente por influencia del *presente* de tales verbos (*tóndeo, respóndeo, móveo, sédeo, rídeo*.) Es igualmente indudable que los verbos castellanos *leer, raer, repeler*, no proceden de los clásicos *légere, rádere, repéllere*, sino de formas populares: *legére, radére, repellére*, que habían sufrido



la dislocación del acento hacia adelante. Los monumentos del latín vulgar nos ofrecen muchos casos de verbos cambiados de conjugación, como *tóndere*, *respóndere*; *cadére*, *sapére*, *capére*. En España casi todos los verbos de la tercera pasaron a la segunda. En España y en las demás naciones romanizadas muchos verbos de la tercera pasaron a la cuarta ya entre los mismos clásicos: así en Lucrecio hallamos *cupire* en vez de *cúpere*; en Catón *fodiri* por *fódere*; en San Agustín *fugire* por *fúgere*; y en los monumentos del latín vulgar aparecen *gemi-re*, *ocurrere*, *habire*, en vez de *gémere*, *ocúrrere*, *habére*, y los infinitivos *fallir*, *oferir*, *sufrire*, *seguir*, *dir*, *fer* que tiene el catalán y otros romances, con ligeras variaciones, revelan evidentemente la existencia en el latín vulgar de *fallire*, *offerire*, *sofferire*, *sequire*, *dire*, *fare* en lugar de los clásicos *fallere*, *offerre*, *sufferre*, *sequi*, *dicere*, *facere*.— Los verbos *incoativos* terminados en *-asco* (*veterasco*) y en *osco* (*posco*) no se aclimataron en el lenguaje popular; en cambio los acabados en *-esco*, *-isco* se extendieron mucho desde siglo III, acabando por perder su valor incoativo. Casi todos los terminados en *-isco* pasaron de la tercera conjugación a la cuarta.— Los verbos más usados como *esse*, *posse*, *facere*, *dare*, *habere* aparecieron con muchedumbre de formas extrañas al latín clásico, pero eminentemente populares y que pasaron casi todas a las lenguas romances, que todavía las conservan; así *essere* por *esse*, *potere* por *posse*, *volere* por *velle*. El presente *sum*, *es*, *est*, *sumus*, *estis*, *sunt* fué casi del todo reemplazado por otras formas; lo mismo sucedió a *volo*, *vis*, *vult*, *volumus*, *vultis*, lo propio a *possum*; y precisamente esas formas, extrañas al latín clásico, son las que dieron origen a las que dichos



verbos tienen en las lenguas romances. En las desinencias *-avi*, *-avisti* de los perfectos de la primera conjugación y en las *-ivi*, *-ivisti* de los de la cuarta se hicieron tremendas contracciones que dieron nueva fisonomía a aquellas formas, que subsisten intactas o desenvueltas en los idiomas neolatinos.

La forma verbal que adquirió mayor desarrollo en el latín vulgar fué el *participio perfecto*. Ya dije que los verbos que no lo tenían se fabricaron uno. El número de los participios en *-atus* creció extraordinariamente, formándose nuevos como *fricatus*, *necatus*, *secatus*, *domatus*, *sonatus*, *tonatus*, *vetatus*, suplantando a muchos en *-ictus* y *-itus*; *offertus* sustituyó a *oblatus*; *tolli-tus* y *suffertus* a *sublatus*, *\*salitus* a *\*saltus*, *\*sentitus* a *sensus*, *sepelitus* a *sepultus*, *venutus* a *\*ventus*, *\*bibutus* a *bibitus*, *\*habutus* a *habitus*, *\*tenutus* a *tentus*, *\*vis-tus* a *visus*, *\*credutus* a *creditus*, *\*vendutus* a *venditus*, *\*perdutus* a *perditus*, *\*movutus* a *motus*, *volutus* a *volitus*, *\*soltus* a *solutus*, *\*capitus* a *captus*, *\*conovutus* a *cognotus*, *\*farcitus* a *fartus*, *\*vincutus* a *victus*, *fundutus* a *fusus*, *\*sedutus* a *sessus*, etc., etc., etc. ¿Verdad que esta retahila de participios, más que latinos, parecen traducciones macarrónicas del catalán al latín? Es que el catalán y el italiano son los idiomas romances que han conservado mejor las formas primitivas, al paso que el castellano y el portugués, en punto a participios, las han reducido sobremanera. De modo que toda la maravillosa variedad de participios de las lenguas romances arranca del latín vulgar, como arranca igualmente de ahí la no menos asombrosa muchedumbre de *desinencias personales* que los mismos idiomas ostentan.



¿Cómo queda la conjugación clásica después de tantas modificaciones y recortes como hizo en ella el latín vulgar? Pues quedó reducida a lo que es la conjugación en las lenguas romances, ni más ni menos. De modo que la conjugación romance no es obra de estas lenguas, sino del latín vulgar. Y así se desvanece por sí mismo el grande asombro que hombres tan eminentes como Littré y Milá y Fontanals experimentaban ante la uniformidad absoluta con que las lenguas romances habían formado su conjugación. Era que todavía la ciencia romanista no había puesto en claro el hecho que acabamos de exponer, esto es, que fué el latín vulgar el *padre de la criatura*, quien aderezó la nueva conjugación, naciendo con ella todas las lenguas romances.

Después de esta kilométrica, intrincada y machacona exposición, que si no os ha vuelto tarumba, habrá sido por pura misericordia de Dios, que, como sabéis, por nuestra suerte es infinita, entiendo que se deduce la evidencia de mi tema, a saber, que el latín vulgar es el punto de partida para el estudio científico de las lenguas romances. Sí, el latín vulgar pone a nuestra vista el fondo del abismo que media entre el latín clásico y las lenguas romances y da la solución de casi todos los problemas fonéticos, morfológicos y sintácticos de todas esas lenguas, por ser todas ellas pura y exclusivamente una evolución, un desarrollo gradual, constante e infalible del latín, es decir, son el latín evolucionando y desenvolviéndose irrefragablemente a través de los siglos.

¿Queremos los pueblos latinos poseer a fondo y conocer científicamente nuestros idiomas? Pues no tenemos otro remedio ni otro camino para lograrlo que el estudio



ahincado y profundo del latín en todas sus fases, en la clásica y sobre todo en la vulgar.

¿Se quiere que nuestro Profesorado de Humanidades y nuestro Magisterio estén a la altura de su egregia misión y puedan responder a lo que exige imperiosamente la cultura moderna en punto a formación gramatical? Pues no hay más remedio que formarlos como los forman las naciones más avanzadas y más cultas, iniciándolos en las profundidades de la lingüística *romanista*, que ha elevado la gramática a la sublime categoría de ciencia.

Pidamos a Dios que alumbre a los que dirigen en España la formación de nuestro profesorado, para que lleguen a convencerse de todo eso y obren en consecuencia.

HE DICHO.











